

se ignora quien fuera el anónimo aragonés ó castellano que escribió la novela contrahecha; que la crítica no ha pasado del punto en que se encontraba hace ciento treinta años; que nada se ha adelantado y que el asunto del «Quijote» apócrifo no se debe confundir con el particular relativo á los infortunios de Cervantes. Forzoso es distinguir entre sí estos dos argumentos, cesando de confundirlos y asociarlos: una cosa es el problema literario y otra la desventura de nuestro autor. ¿Tuvo Aliaga en ella alguna parte? Hé aquí un tema muy diverso del que hemos ventilado y que reclama toda nuestra atención. Habremos de discutirlo oportunamente; ahora solo procede que digamos algunas palabras mas sobre el falso «D. Quijote,» movidos por el deseo de enderezar el rumbo de la crítica que en nuestro modo de ver tira á perderse y descarriarse.

VI.

¿CON QUÉ FIN SE ESCRIBIÓ EL «QUIJOTE» APÓCRIFO?

Corre acreditada la doctrina de que el anónimo tordesillesco se propuso, sobre defenderse á sí propio y defender á Lope de Vega de agravios que Cervantes les había inferido, quitar á este la ganancia que podría obtener publicando la segunda parte de su famosa historia, segun que había anunciado en el prólogo puesto á sus comedias. Añádese que, aparte de esto, el falso Quijote tiraba á herir y dañar á Cervantes, siendo la manifestación patente del odio y de la saña con que su encubierto enemigo le perseguía. Imbuidos en

esta creencia literatos nacionales y extranjeros fulminaron los rayos de sus anatemas contra el no desembozado anónimo, acosando su memoria con severísimos juicios, mientras se daba por cierta la doctrina de que entre la desventura de nuestro ingenio y la aparición del referido libro hubo de existir íntima y deplorable correlación.

Dominados los críticos por la idea de que tras Fernandez de Avellaneda se ocultaba Aliaga; persuadidos de que este trató á Cervantes con mal disfrazado encono, vieron en el prólogo del Quijote de Tarragona una indigna diatriba, una serie de proposiciones insultantes asestadas contra el fecundo escritor; y el libro entero se les antojó cual máquina de guerra propia para labrar su descrédito, mostrando al mundo que era fácil continuar las aventuras del manchego hidalgo, sin incidir en los errores por aquel cometidos, ni emplear los medios reprobados á que en parte recurriera.

Si de un incidente de mera curiosidad se trata-se, por cierto que no fuera prudente atribuirle gran importancia, mas calculándose que encubre la clave de los infortunios y desabrimientos de que Cervantes se condolía, bueno será que fijemos clara y desapasionadamente lo que en el prólogo puede señalarse con los rasgos de la verosimilitud y hasta con los indicios de la autenticidad.

Comienza el autor anónimo diciendo que como

casi es comedia toda la historia de D. Quijote, no puede ni debe ir sin prólogo y así sale al principio de aquella segunda parte de sus hazañas el que él le pone, menos cacareado y agresor de sus lectores que el que á su primera parte puso Miguel de Cervantes y mas humilde que el que segundó en sus novelas mas satíricas que ejemplares.

Desde luego aparece que en esta proposición se censuran dos escritos de Cervantes; el prólogo del Quijote de 1604 y el de sus novelas publicadas en 1613. Busquemos lo que en ellos pudo mortificar á su contrincante, dándole pié para sus quejas.

Entraña el primero, no la explicación llana y sencilla del móvil que impulsara á Cervantes á escribir y sacar á luz su obra, sino una donosa é intencionada invectiva contra costumbres, prácticas y usos literarios de su época. Sobre combatir el sistema de aderezar las producciones con la innumerabilidad y catálogo de sonetos, epigramas y elogios puestos en sus comienzos, con acotaciones en los márgenes y anotaciones en el fin, llenándolas de sentencias de Aristóteles y Platon y de toda la caterva de filósofos que admiran á los leyentes; reprueba Cervantes el que se dé lista de los autores consultados, poniéndolos al principio por abecedario, comenzando en Aristóteles y acabando en Jenofonte y en Zóilo y Zeuxis, así como el que se empleen textos ó latines en los prólogos y advertencias.

Alcanzaba esta lección á muchos, pero puede conjeturarse que iba dirigida particularmente contra Lope de Vega, ó que por lo menos, si no era el blanco de Cervantes reprender al Fénix de los ingenios, habíase fijado en sus obras para corroborar y justificar sus fallos. Casi no se debe dudar de lo uno ni de lo otro despues de los trabajos dados á luz con la mira de probar que Cervantes zahirió suavemente en la forma, con mucha ironía y severidad en el fondo, al mónstruo de naturaleza que se habia alzado con la cómica monarquía.

Publica Lope de Vega en 1598 su «Arcadia,» haciéndola preceder de trece composiciones panegíricas. Aparece la «Dragontea» en el mismo año con varias; el «Isidro» imprímese en 1599 con diez, ingiriendo el autor en el prólogo hasta quince sentencias latinas, una italiana y otra portuguesa, mientras sus márgenes se ven erizadas de textos y citas en latin casi todas, y al final va la tabla de autores y obras que se citan, comprendiéndose en ella los nombres de Aristóteles, San Basilio y Ciceron. Enriquecen la «Hermosura de Anjélica» diez y ocho poesías laudatorias y al «Peregrino en su pátria» doce. No será, pues, descamino afirmar que Cervantes tuvo presentes estos ejemplos, y si de ello quedase duda habrían de desvanecerla las observaciones que someteremos al juicio del lector benévolo.

Dice Cervantes que su libro ha de carecer de

sonetos al principio, á lo menos de aquellos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Entre las composiciones encomiásticas de las obras de Lope hállanse varias de títulos y damas.

Aconséjale el amigo que en su prólogo introduce Cervantes, que si quiere darse aires de erudito en cosmografía, haga de modo que en su obra se nombre el rio Tajo y veríase luego con cierta famosa anotacion. La que cita está tomada de la «Arcadia» de Lope. Cervantes parodia sus frases y de camino se mofa de su pedantismo.

Continúa el consejero con que Cervantes ha topado diciéndole que, si bien se mira, su libro no necesita de tales anotaciones, pues todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron. La alusion es manifiesta.

Sentado esto, pasemos al prólogo de las novelas. Quéjase el autor de que no le fué tan bien con el que puso al «Quijote» que le quedase gana de segundar con otro. Dice en seguida que si lo escribe es por causa de un amigo de los muchos que en el discurso de su vida se habia grangeado antes con su condicion que con su ingenio, el cual amigo bien pudiera, como es uso y costumbre, grabarle y esculpirle en la primera hoja del libro, utilizando el retrato que le hiciera el famoso don Juan de Jáuregui. Despues añade que ha sido el

primero que ha novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras y aquellas son propias suyas, ni imitadas ni hurtadas. Resulta de esta esposicion que el prólogo quijotesco ocasionó á Cervantes desazones y desabrimientos. Hacíase retratar Lope de Vega en las portadas de sus libros con gran ostentacion de motes y timbres nobiliarios. Su «Arcadia» era una imitacion, donde tomó á Sannazaro por modelo, siguiéndole servilmente, trocando sus pastores, como dice el señor Rossell, en cortesanos y las escenas campestres en teatro de la mas pulcra y discreta civilizacion. En ambos casos, si Cervantes no alude finamente á su contemporáneo, en verdad que las apariencias son engañosas.

Dados estos antecedentes, imaginamos que Avellaneda se queja del prólogo del «Quijote» sin duda por las agresiones que en él se estampan contra Lope de Vega. Trata con rigor al de las «Novelas,» tildándolo de soberbio por la mofa que hace de la costumbre de retratarse los autores al frente de sus libros, cuanto por la aseveracion de ser el primero que novelaba en castellano, puesto que los demás se limitaban á traducir ó imitar á los extranjeros. Debió Lope comprender la indirecta, cuando en la dedicatoria de «Las Fortunas de Diana» manifestó que esta por lo menos sabia él que no la habia oido ni era traducida de otra lengua.

Hasta ahora no se descubre en estos escritos mas que la inquina que divide á Cervantes de Lope de Vega, asunto de fecha atrasada en nuestro sentir. Posible es que, residiendo ambos ingenios en Sevilla, diera el primero á conocer su «Quijote» leyendo el original en la tertulia del célebre artista Francisco Pacheco. Quizá Lope de Vega combatióle con acritud; y que esto es probable lo abona el que, con fecha 4 de Agosto de 1604, residiendo en Toledo el facilísimo poeta, escribió lo siguiente: «De poetas no digo: buen siglo es este. Muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan nécio que alabe á D. Quijote... No mas por no imitar á Garcilaso en aquella figura «correctionis» cuando dijo:

A sátira me voy mi paso á paso;

cosa para mí mas odiosa que mis librillos á Al-mendariz y mis comedias á Cervantes.» Aun no se habia impreso el «Quijote,» luego Lope de Vega conocia el borrador. Cervantes, por su parte, debió mortificar grandemente el amor propio de Lope atacando sus comedias y jactándose de haber sido quien «se atrevió antes que nadie á reducir las á tres jornadas de cinco que tenian; mostrando, ó por mejor decir, siendo el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes.»

Narrando la historia de una parte de su vida de poeta, dijo Cervantes en 1615 que en el tiempo á que se referia compuso hasta veinte ó treinta comedias, que todas se recitaron y corrieron su carrera sin silbos, gritos ni barahundas; que tuvo otras cosas en que ocuparse, dejó la pluma y las comedias y entró luego el mónstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes, llenando el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas y tantas que pasaban de diez mil los pliegos que tenia escritos.» Si se confrontan estas líneas con lo espuesto por el mismo Cervantes en el capítulo XLVIII de la primera parte del «Quijote» sobre las malas composiciones dramáticas, que por aquel entonces se representaban, aludiendo visiblemente á las de Lope, y además se trae á mientes un terceto del «Viaje al Parnaso» disparado contra las «comedias endiabladas» y otro donde se llama ilustre musa la de Julian de Almendariz, enemigo y censor de Lope de Vega, habrá de sospechase que las anteriores encomiásticas palabras han de tomarse, mas que como un elogio sincero, cual embozada y discreta ironía.

Fué zaherido Lope por los doctos como autor dramático, hasta el punto de verse en la necesidad de escribir un papel donde bajo el epígrafe de «Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo,» trabajó por vindicarse. Figuraria Cervantes entre

sus contradictores, y cuando Lope tuvo que confesar que escribia

...por el arte que inventaron

Los que el vulgar aplauso pretendieron;

Porque como las paga el vulgo, es justo

Hablarle en necio para darle gusto,

es manifiesto que la sátira quijotesca iba enderezada particularmente contra él. Como un nuevo testimonio de que las comedias fueron el origen de los disgustos que entre ambos mediaron recuérdese que en el dicho «Arte» dijo Lope que

El capitan Virués, insigne ingenio

Puso en tres actos la comedia, que antes

Andaba en cuatro, como piés de niño

Que eran entonces niñas las comedias,

y que Cervantes reclamó para sí la primacía de esta reforma, intentada mucho antes por Francisco de Avendaño.

Es corriente que nuestros dos ingenios se sentían dominados por el mútuo deseo de emularse, si bien parece como que Lope de Vega es el que busca modo de introducirse en el campo donde Cervantes domina. Publicó este en 1584 su novela pastoril en prosa y verso intitulada «Galatea;» Lope da á la estampa en 1598 su «Arcadia,» otra producción del mismo género. Cervantes en el capítulo VI de la primera parte del «Quijote» quejóse de que se negase á la suya misericordia, y en el mismo vitupera la epidemia reinante de escribir poemas pastoriles, con lo cual debió herir á